

2. NOTAS

Detrás del antihaitianismo se oculta la negrofobia: conversación con el intelectual Silvio Torres-Saillant en Santiago de Chile

*Por Elena Oliva**

Universidad de Chile, Chile
me.oliva@gmail.com

En el marco de las VI Jornadas Caribeñistas, organizadas en noviembre de 2014 por el Centro de Estudios Culturales Latinoamericanos de la Universidad de Chile, Silvio Torres-Saillant, Doctor en Literaturas Comparadas y profesor de Syracuse University (Estados Unidos), nos visitó para dar la conferencia magistral que cerró esta actividad. En su charla, el académico e intelectual dominicano, radicado desde hace muchos años en Estados Unidos, compartió con el público de las Jornadas un conjunto de reflexiones que forman parte de lo que es posible reconocer como el núcleo y motor de su labor intelectual: la indagación en los mecanismos que permiten la perpetuación del racismo en las sociedades latinoamericanas y caribeñas; el esfuerzo por rastrear los orígenes de los discursos de inferiorización de indígenas y afrodescendientes; y el compromiso con la transformación de las condiciones de vida de estas poblaciones. A través

* Doctora (c) en Estudios Latinoamericanos, Universidad de Chile.

de sus libros¹ —en los que desarrolla análisis literarios, investigaciones históricas, interrogaciones a distintos ámbitos de la configuración simbólica de nuestras sociedades— y de comprometidas intervenciones en la prensa estadounidense y dominicana, Silvio Torres-Saillant participa en forma activa y crítica en diversos debates contemporáneos relacionados con la política, la cultura y la historia de Estados Unidos, el Caribe y en particular las tensas relaciones entre República Dominicana y Haití. En relación con este último tema ha asumido una valiente posición de denuncia del racismo de las élites dominicanas y del carácter construido del supuesto conflicto histórico entre ambos países. Uno de los episodios más violentos y deplorables del antihaitianismo de estas élites ha sido la sentencia 168-13, emitida por el Tribunal Constitucional en septiembre de 2013, que priva de la nacionalidad dominicana a los hijos de extranjeros en tránsito nacidos en el país a partir de 1929. El resultado de este fallo es que miles de dominicanos descendientes de haitianos —sobre todo braceros, es decir, trabajadores temporales de las plantaciones de caña—, y de dominico-haitianos, se encuentran en la situación de apátridas. En la entrevista que presentamos a continuación, Silvio Torres-Saillant comparte sus lúcidas y valientes reflexiones en torno a este y otros temas fundamentales de la contemporaneidad latinoamericana y caribeña.

Elena Oliva (EO): Me gustaría partir esta entrevista conversando sobre la situación de República Dominicana a propósito de la sentencia del Tribunal Constitucional que ha cumplido ya más de un año.

Silvio Torres-Saillant (ST-S): Bueno, el fallo se promulgó como sentencia no apelable, que es lo que hace único este momento en los procesos judiciales de República Dominicana, pues por primera vez a un gobierno nuestro se le ocurre crear una entidad cuyos fallos sean inapelables. Yo vislumbro la posibilidad de un regreso formal de Leonel Fernández Reyna² al gobierno, que es lo que él desea, razón por la cual ha propugnado al

¹ Entre sus publicaciones, además de numerosos artículos, podemos mencionar *Caribbean Poetics* (1997), *El retorno de las yolas* (1999), *El tigueraje intelectual* (2002), la edición de *Desde la orilla: hacia una nacionalidad sin desalojos* (2004) en colaboración con Ramona Hernández y Blas Jiménez, y *An Intellectual History of the Caribbean* (2006).

² Ex Presidente de la República Dominicana, fue elegido mandatario del país durante tres períodos: 1996-2000, 2004-2008 y 2008-2012.

Tribunal Constitucional. Si a esa alta corte se le ocurre que la alternabilidad gubernamental representa un problema –o por lo menos la alternabilidad frecuente– y decide eliminarla estando en el Palacio Nacional el presidente Fernández Reyna, él tendrá que “sacrificarse” por el bien nacional y aceptar la sentencia inapelable del Tribunal, puesto que, de negarse, estaría desacatando la ley. Fernández concluyó su tercer período presidencial en agosto del 2012 pero ha seguido comportándose nacional e internacionalmente como presidente *de facto* en la esfera pública. Por eso, desde el exterior no resulta fácil darse cuenta de que el actual presidente del país se llama Danilo Medina³, miembro del Comité Político del Partido de Fernández, el Partido de la Liberación Dominicana (PLD). Fernández preside el partido de gobierno, sobre el cual tiene gran influencia y en nada le perjudica que su esposa, la anterior Primera Dama, ostente ahora el rango de Vicepresidenta de la República. *Vox populi* entiende que el papel del actual presidente consiste primordialmente en calentarle la poltrona presidencial a Fernández hasta el 2016, cuando la Constitución le permita volver a reelegirse. Hay mucho que temer sobre su regreso formal al poder. Pues en una conversación con la prensa hace unos meses, Fernández se sinceró con respecto a la alternabilidad gubernamental. Dijo que un país no se transforma en un período, ni en dos períodos, ni en tres períodos, sino que para ello hace falta gobernar por un “período histórico”. Dio como ejemplo la transformación que se ha dado en China, transformación que, a su parecer, se ha logrado gracias a la permanencia en el poder de un liderazgo único. A mí se me hace muy claro, pues, que Fernández tiene planes de gobernar el país por lo que él le llama “un período histórico”.

EO: Como Trujillo....

ST-S: Bueno, al hablar con la prensa, Fernández no tuvo la desvergüenza tan extrema de citar al gran asesino y cleptómano que nos gobernó por tres décadas. Pero, aparte de ilustrar su aspiración con el caso de China, cuyo régimen sencillamente no reconoce la alternabilidad gubernamental como un valor apreciable de su sistema político, tuvo una desvergüenza bastante cercana al dar su otro ejemplo, en el que glorificaba al régimen de Joaquín

³ Asumió el año 2012.

Balaguer⁴, a quien da crédito por haber logrado una transformación gracias a su estadía en la jefatura del Estado por veintidós años. Preocupa que a Fernández no le preocupen los detalles relativos a la larga permanencia en el poder del pérfido gobernante. Pues, para poder quedarse en el Palacio Nacional, el caudillo se valió del fraude electoral continuo, el hurto al erario, los asesinatos políticos que dejaron al país prácticamente sin disidencia viable, el encarcelamiento masivo de los opositores al gobierno, miles de exiliados, la compra de los jueces, el soborno a los legisladores, la intimidación a la prensa, en fin, la normalización de la corrupción, la violencia, el clientelismo y el personalismo, destruyendo la institucionalidad. Cuando Balaguer constituye el modelo de gobierno preferido para un dirigente que proviene de una trayectoria nominalmente progresista, a juzgar por su formación política bajo la tutela de Juan Bosch, asistimos al triunfo de un ideal autocrático que nos regresa estrepitosamente al ámbito ideológico y moral de la dictadura trujillista. A mí me da mucho para temer el regreso formal al poder de Fernández, armado del recurso previamente inédito en la jurisprudencia dominicana de un Tribunal Constitucional con potestad de fallar inapelablemente.

EO: En este fallo se quita la nacionalidad a los hijos de los inmigrantes en tránsito, desde 1929 hasta la actualidad. Estamos hablando de al menos tres generaciones de dominicanos.

ST-S: Tres generaciones durante las cuales la constitución dominicana les reconoció la ciudadanía porque sí existía el procedimiento del *jus solis*⁵. El presidente Leonel Fernández ha estado tergiversando la historia a nivel internacional al alegar que siempre fue condicional nuestro *jus solis*, negando que nunca hubiera existido en el país el *jus solis* automático. La mentira oficial, la normativa epistémica de que se valieran la dictadura trujillista y su continuación balaguerista, ha vuelto a merodear en el espectro político dominicano.

⁴ Joaquín Balaguer (1906-2002), estuvo en la presidencia de República Dominicana en tres períodos: 1960-1962, 1966-1978, 1986-1996.

⁵ Término jurídico que hace referencia al “derecho de suelo”. A diferencia de los países que se rigen por el *jus sanguinis*, los que tienen *jus solis* otorgan la nacionalidad a todas las personas nacidas en su territorio.

EO: Lo que hace mucho ruido de todo este fallo es que esta decisión afecta en su mayoría a dominicanos con ascendencia haitiana y, bueno, haciendo un poco de historia, nosotros sabemos de los problemas entre República Dominicana y Haití, nada de raro entre países fronterizos, pero que tienen una fuerte carga por el antihaitianismo que se atribuye a los dominicanos.

ST-S: Eso no viene de conflictos entre la República Dominicana y Haití. La República Dominicana y Haití han vivido bastante en paz y han vivido con bastante armonía las oligarquías haitiana y dominicana. El problema de los dominico-haitianos es un problema que viene, no de las relaciones internacionales, sino de unas relaciones muy nacionales que tienen que ver con la manera de las élites gobernantes dominicanas de bregar con su propio origen africano y lidiar con lo haitiano nuestro a nivel ciudadano y cultural. Vale recordar que lo haitiano, así como lo negro, se vilificó en el marco de la transacción colonial, proceso que quedó ininterrumpido en el hemisferio hasta nuestros días. De ahí que hoy todavía tengamos incidentes como el de Ferguson, en el Estado de Missouri, y que todavía resulte imposible llevar a la justicia a un policía blanco que asesina a un jovencito negro desarmado. Algo parecido vimos en el caso de Trayvon Martin en La Florida. Los casos de Trayvon Martin en la Florida y Michael Brown en Missouri forman parte de una historia que comenzó en Santo Domingo. El fenómeno de la descalificación de la negrura desde Santo Domingo viajó al resto del hemisferio. El problema dominicano con la cuestión racial, con la identidad cultural, la definición del ser humano valorable, el sobreentendido acerca de la gente desechable y la visión acrílica que reina sobre lo que es civilización parece peor que en otros lugares. Pero es que allí se complica mucho el asunto por tratarse del escenario inaugural. Allí se vive el problema con mayor gravedad por ser allí donde comenzó todo.

Además, hay que mirar la difamación de lo haitiano como proceso aparte. Ese proceso arranca a finales del siglo XVIII con la rebelión de Saint-Domingue cuando los insurrectos se alzan e intentan dismantelar al régimen colonial y la economía de la plantación. Esos rebeldes hicieron la cosa más grave del mundo, algo similar a si hoy día tú intentas destruir la economía de los productos derivados del petróleo, por ejemplo. Mira lo que ha pasado con Venezuela porque ha intentado venderles el petróleo más barato a los países vecinos. Se ha convertido en el paria del hemisferio.

Pero sobre todo cuando los rebeldes de Saint-Domingue tienen éxito al derrotar a las fuerzas napoleónicas y demostrarse capaces de establecer su propia sociedad, autónoma, sin esclavitud, cometen una afrenta contra todo el occidente cristiano que dependía de la esclavitud, la colonia y la plantación para su sustento.

Cuando se da la exposición mundial de Chicago, a finales del siglo XIX⁶, a Frederick Douglass⁷ el gobierno haitiano le asignó formar parte de su delegación en el panteón de Haití. En sus discursos —dijo varios durante la feria— recurre como *Leitmotiv* al milagro de que Haití todavía existiera. Douglass da testimonio de hasta qué punto todo lo que él llamaba el mundo civilizado, es decir, el Occidente cristiano, había complotado para destruir a Haití. Se trata de un testimonio basado en el conocimiento de unos noventa años de agresión antihaitiana que ya habían transcurrido. La bibliografía sobre Haití en los Estados Unidos escandaliza por su cantidad y su contenido. Allí, igual que en Europa, se produjo un enorme *corpus* que tú no podrías leer en una sola vida y la mayor parte del mismo impugna la sociedad, la cultura y la persona haitiana. El discurso antihaitiano en Occidente tiene una historia larga. Va desde el comienzo de la insurrección en 1790 hasta las declaraciones en el 2011 del Reverendo Pat Robertson, quien explicó aquel devastador terremoto como justicia divina, represalia del Todopoderoso por un pacto con el diablo que hicieron los insurrectos en busca de apoyo a su lucha contra el dominio colonial francés. Es decir, van más de doscientos años de escarnio en distintos idiomas.

Cuando en 1844 a los separatistas del lado hispanohablante de la isla La Española les toca hacer su república, lo primero que quieren saber los representantes franceses y estadounidenses que se aparecen, con interés comercial y político en la incipiente república, es qué va a pasar con Haití: preguntan, “¿cuál va a ser la relación de ustedes con Haití?”. La inquietud venía movida por el temor de que esta gente pudiese conformar un bloque político con Haití y que se fortaleciera la república negra. Fíjate que el congresista norteamericano John C. Calhoun, quien había

⁶ Se refiere a la Exposición Mundial de Chicago de 1893, realizada a propósito de las celebraciones del Cuarto Centenario de la llegada de Cristóbal Colón a América.

⁷ Intelectual y orador afroestadounidense, hijo de madre esclava, nació en 1818 en Maryland. Es reconocido por su lucha y obra abolicionista. Murió en 1895 en Washington, D.C.

sido vicepresidente del país y que para la fecha se desempeñaba como Ministro de Relaciones Exteriores en el gabinete del Presidente John Tyler⁸, de inmediato se lanzó a abogar por el reconocimiento de la recién proclamada República Dominicana como nación soberana. Te recuerdo que los haitianos habían proclamado su república cuarenta años antes y que Washington todavía se negaba a reconocerles su soberanía y se negaría por dos décadas más. ¿De dónde, entonces, esta prisa por conferirle legitimidad a la recién proclamada nación dominicana? Calhoun, esclavista profeso y confeso, postulaba enérgicamente la inferioridad de los negros. Para él, la esclavitud había ayudado a civilizar a los negros, elevándoles el nivel moral, intelectual y físico gracias a asesoría de la raza blanca. Sin embargo, este señor de negrofobia tan rampante, llegó a declarar la soberanía dominicana digna del reconocimiento internacional no obstante la negrura de su población porque veía al nuevo país como un posible aliado para mantener a Haití a raya. Al abogar ante su país, Francia y España, Calhoun señalaba que la recién nacida república ayudaría a “contener el mayor crecimiento de la influencia negra en el Caribe”. Interesado en vislumbrar pugnacidad entre haitianos y dominicanos, Calhoun llegó hasta a postular una dominicanidad adversa a los negros.

La preocupación de Francia no era menor. Para el 1847 hay un caso de presunta conspiración contra el presidente Pedro Santana⁹, en la que figuran los hermanos Puello, afro-dominicanos de tez y facciones reconociblemente negroides y conocidos como héroes de la guerra de independencia. El gobierno dice haber descubierto el plan y pasa a tomar medidas punitivas contra los conjurados. Los hermanos Puello y los cabecillas principales van al paredón. Al resto, Santana les reparte castigo según el nivel de su participación. Hay de hecho haitianos entre los conjurados identificados en el juicio que Santana les hace. Pero el recuento del juicio no hace hincapié alguno en su etnicidad. Más bien, aparece el origen como mero detalle legal, algo así como, Antonio Rodríguez, natural de Santiago; Jacques Alexis, procedente de Port-au-Prince. Hay un conjurado haitiano de nacimiento que figura entre los que reciben la pena más leve. A tres años de haber surgido la soberanía dominicana,

⁸ Presidente de los Estados Unidos entre 1841 y 1845.

⁹ Fue Presidente de República Dominicana, el primero constitucional, en tres períodos: 1841-1848, 1853-1856, 1858-1861.

al presidente Santana la haitianidad de algunos de los conjurados no le causaba inquietud especial. Pienso que ello se debe a que todavía la noción de lo haitiano como otredad de la que se vale la dominicanidad para contradistinguirse, todavía no había prendido en la psicología política de quienes dirigían el joven país. Lo haitiano todavía no había adquirido el valor que desplegaría luego y que lo heredamos hoy, es decir, el de elemento inherentemente adverso a lo dominicano.

Podría decirse que al cónsul francés en Santo Domingo, aterrorizado por la noticia de la conspiración de los hermanos Puello, la pugnacidad entre los dos pueblos resultaba necesaria. De hecho, cuando este cónsul escribe a su jefe, el Ministro de Relaciones Exteriores en Francia, sobre los acontecimientos de 1847, de su pluma salen el antihaitianismo y la negrofobia a borbotones nerviosos. Santana vio una conspiración política y la resolvió, cerrando de esa manera el caso. El cónsul, sin embargo, vio allí una conspiración racial, la cual no podía darse por resuelta porque las razas todavía seguían existiendo. Al escribir al ministro francés, le cuenta de una gran tragedia de la que apenas “nos escapamos”. Explica que a los hermanos Puello y otros militares negros se les había descubierto en una estratagema que tenía el plan macabro de asesinar a todos los blancos para apoderarse del país con el fin de anexarlo a la República de Haití. Irónicamente, el cónsul francés se hizo de esa manera fundador del “fusionismo”, el discurso blandido por la derecha ultranacionalista en la sociedad dominicana y sus fieles aliados en el sector liberal para denunciar la existencia de un presunto plan de fundir a la República Dominicana con Haití en una sola soberanía. Hoy día, los ultranacionalistas tildan de fusionistas –ergo, traidores a la patria– a cualquier compatriota que se oponga a la desnacionalización de los dominicanos de origen haitiano o que critique los excesos del antihaitianismo del régimen imperante, alegando que sus críticas entran en complicidad con las fuerzas extranjeras que promueven la fusión. Es irónico que los ultras, que han asumido la misión sagrada de salvar la patria de la tenebrosa fusión, atribuyan a Francia –junto a Canadá y los Estados Unidos– un papel protagónico en el plan macabro. Dudo que se hayan percatado de su deuda con el cónsul francés que en 1847 fundó el fusionismo.

Insisto, entonces, en que debemos ver la génesis del antihaitianismo dominicano en ese contexto geopolítico. No hay que buscarlo en las relaciones bilaterales entre los dos países que comparten la isla La

Española. La elite política dominicana heredó el antihaitianismo de las grandes potencias que regentaban el orden mundial al cual aspiraba entrar el recién nacido país. Quería tener el apoyo de Francia y de los Estados Unidos y para ello debía avinagrar su actitud hacia Haití. El antihaitianismo entró al ámbito oficial dominicano por una conveniencia política y se ha quedado ahí por la misma razón. La moralmente indefensible sentencia 168-13 tiene también una función política, específicamente electoral. Al desnacionalizar a 250.000 dominicanos de herencia haitiana, el partido de gobierno le está quitando 250.000 votos a la oposición, especialmente al PRD (Partido Revolucionario Dominicano). Principal partido de la oposición, el PRD (hoy en proceso de fragmentación) ha contado con el voto de los domínico-haitianos por dos razones. Primero, el PRD fue la organización política de José Francisco Peña Gómez¹⁰, un dominicano de herencia haitiana y extracción humilde con quien cualquier persona oprimida afrodescendiente tiene buena razón para identificarse. Lo segundo es que el partido de gobierno ha mantenido un discurso negrofóbico y antihaitiano que en gran medida aliena a esa comunidad. En sus últimas victorias electorales, el partido de gobierno (PLD) ha vencido en las urnas con un margen cada vez menor de ventaja contra sus contrincantes, lo cual hace temer que ni siquiera llegue a alcanzar la victoria en las próximas contiendas. Puesto que a sus dirigentes al parecer no les interesa hacer el trabajo de proselitismo necesario para ganarse el voto de los domínico-haitianos, se optó por desproverlos de la ciudadanía para quitarles el derecho al sufragio. De nuevo, el antihaitianismo puede dar la impresión de ser nativo de la sociedad dominicana, congénito con la nacionalidad, pero es más bien una importación que adquiere importancia política y por ello sobrevive.

EO: Que es algo impulsado por las potencias, como Francia en Europa y Estados Unidos, pero que también hacen las elites latinoamericanas en general.

ST-S: Por razones a veces parecidas y a veces distintas. Por ejemplo, el proyecto independentista de Bolívar se benefició grandemente del apoyo

¹⁰ Uno de los políticos más importantes de República Dominicana, líder del PRD luego de la renuncia de Juan Bosch en 1973.

brindado por el presidente haitiano Alexandre Pétion, pero en 1825 el afamado Libertador termina apoyando la exclusión de Haití en el Congreso Anfictiónico de Panamá¹¹, coincidiendo con los Estados Unidos en ese bloqueo contra una república hermana del hemisferio. En aquel momento, cada uno de los países participantes está lidiando con la problemática que le representa su población afrodescendiente. Debido a la negrura de su población, traer a Haití a la mesa complicaba el diálogo hemisférico. Haití, país identificado como negro, sin esclavitud, tenía una población que había tomado las armas para lograr su libertad. Venía de un historial de lucha social. Juan Bosch tiene un librito sobre Bolívar¹², donde habla de cuán importante era para el Libertador armar un proyecto político exento de tensiones que pudiesen conducir a una lucha social. En otras palabras, cuando se formaron estas repúblicas, se sabía que había potencial de conflicto en todas las sociedades del hemisferio. ¿Por qué? Porque el orden colonial del cual veníamos se componía de un sistema desigual, un sistema cuya razón de ser, cuya ontología, estaba permeada por la desigualdad. Tenía a los grupos subalternos en posiciones de inferioridad social con respecto a los amos blancos y a la clase intermedia de los mestizos. Me refiero a los indígenas, los negros, a veces los chinos. Las élites políticas encargadas de dirigir los proyectos de independencia que culminarían en las repúblicas que hoy se reparten nuestro hemisferio, al parecer no pensaron en restaurar la igualdad y la dignidad humana que la transacción colonial había negado a las poblaciones que de manera más directa habían padecido la violencia del régimen anterior. Aspiraron a la independencia pero sin visión revolucionaria. No se plantearon como objetivo eliminar la desigualdad, rehabilitar a las víctimas de la deshumanización practicada por la colonia e integrar a los grupos marginados al naciente proyecto de nación en condición de igualdad ciudadana. Las elites dirigentes procuraban su libertad y su independencia con tal de crear soberanías en las que ellos y no las autoridades coloniales decidieran qué trato dar a los indígenas,

¹¹ Congreso que tuvo por objetivo crear una confederación de Estados hispanoamericanos. Fue convocado por Simón Bolívar, e incluyó a Argentina, Bolivia, Chile, Brasil, Paraguay y Estados Unidos; también al Reino Unido y al Reino de los Países Bajos como observadores.

¹² Se refiere al libro *Bolívar y la Guerra Social*, escrito en 1964 durante el exilio de Bosch en Puerto Rico. Juan Bosch fue un político, escritor e intelectual dominicano, fundador del PRD. Nació en el año 1909 y murió el 2002.

los negros y los chinos. Por lo tanto, toda república que surgía contenía en su seno la posibilidad de lucha social. Entonces, aunque Bolívar no compartiera la animadversión fogosa de los Estados Unidos hacia Haití, sí compartía el temor de lo que esa república negra pudiese simbolizar para las poblaciones subalternas de las naciones representadas en el Congreso de Panamá. La presencia de Haití podía poner sobre el tapete la viabilidad de la lucha social interna de cada una de las repúblicas que buscaban afincar su independencia enfocando la atención estrictamente en el conflicto transatlántico: la autoridad imperial allá (Europa) y la soberanía criolla acá (América).

EO: En varios de sus textos es posible rastrear cómo en el último tiempo, principalmente impulsado por sus planteamientos, existe una necesidad de mirar la relación entre República Dominicana y Haití justamente desde el punto de vista de la colaboración, de mirar una historia que tiene más puntos en común que diferencias. Sin embargo, con lo que ha ocurrido con este fallo constitucional, ¿cómo usted ve la labor de los intelectuales que critican este discurso oficial? ¿Cree que se va a continuar la senda de revisar la historia y relevar estos puntos en común o cree que está recrudesciendo un nacionalismo extremo?

ST-S: Yo pienso que la intelectualidad nuestra está tan ofuscada con la patología social que sufrimos hoy día que no le hemos puesto suficiente atención a lo que se podría aportar si uno logra recuperar la memoria histórica. Yo creo mucho en eso, en las consecuencias positivas de que la gente entienda que no siempre fue así, que no siempre se pensó así, y que nuestros próceres merecedores de ese nombre no pensaron así, que Juan Pablo Duarte no pensó así, que el antihaitianismo no siempre estuvo con nosotros, que siempre hubo haitianos entre nosotros y que hubo mucha colaboración. El recientemente fallecido historiador dominicano Franklin Franco publicó una historia importantísima de República Dominicana que se llama sencillamente *Historia del pueblo dominicano*¹³; esa historia se diferencia del resto de la historiografía nuestra en que hace mucho énfasis en los momentos de colaboración, sin plantearlo como un credo de nada.

¹³ Obra publicada en 1992. Franco fue un reconocido historiador y sociólogo dominicano; nació en 1936 y falleció el año 2013.

Sencillamente al narrar la historia tiende a rendir cuenta de esos puntos de contacto y esos momentos de confluencia. Su lectura resulta impresionante. Tú te preguntas: “¡pero Dios mío! ¿Cómo fue que los anteriores dejaron todo esto afuera y cómo es que los posteriores lo siguen dejando?”.

Hay cosas que son tan básicas para entender el problema de nuestra isla. Baste pensar en el papel de Estados Unidos en la creación del antihaitianismo dominicano. Además de aportar a la elite política criolla el credo antihaitiano cuyos ideólogos se remontan hasta Thomas Jefferson en Estados Unidos, a raíz de la ocupación militar de 1916 hizo un aporte que tendría un impacto directo sobre el imaginario de la población dominicana en torno a sus vecinos al otro lado de la isla. Durante los ocho años de la ocupación, el gobierno militar norteamericano favoreció la industria azucarera, dándole lugar de preeminencia en la economía del país invadido. Entre las medidas de apoyo a dicha industria se destacó la creación de un flujo cuantioso de mano de obra barata, una especie de puente laboral que facilitaba la migración de trabajadores desde Haití hacia los ingenios de azúcar en la parte dominicana de la isla. Estados Unidos podía crear ese puente laboral y ese flujo de mano de obra debido a que para la fecha tenía bajo su control militar a los dos países que comparten la isla, habiendo invadido a Haití en 1915 (hasta 1934) y a la República Dominicana en 1916 (hasta 1924). Puesto que los obreros haitianos venían a ocupar un sector desprestigiado del mercado laboral —a realizar labores que los dominicanos evitaban hacer— y a vivir y trabajar en condiciones infrahumanas, la industria azucarera visibilizó a la población migrante haitiana a partir de una imagen en extremo desfavorable. Estructuralmente la industria azucarera determinó la manera en que los dominicanos verían a los haitianos por el resto del siglo, como seres devaluados que habitaban un mundo carente de las normativas básicas que regulaban la vida en la sociedad hasta para los sectores empobrecidos. Es decir, su inferioridad social los colocaba muy por debajo de la marginalidad regular de la pobreza.

Todavía en 1986, cuando Frank Moya Pons¹⁴ publicaba su importante obra *El batey: estudio socioeconómico de los bateyes del Consejo Estatal del Azúcar*, se podía constatar la miseria cruel a la que la industria sometía a los trabajadores hasta en los ingenios operados por el Estado dominicano.

¹⁴ Moya Pons es actualmente uno de los historiadores más importantes de República Dominicana.

Las condiciones de trabajo y de vida de los obreros haitianos —a veces sin recursos para asearse ni satisfacer sus necesidades fisiológicas con privacidad y con escasos medios de preparar sus alimentos o dormir— constituía una franca infravalorización de su humanidad. Se puede dudar que una persona dominicana que los viera en esas condiciones pudiese luego imaginárselos como seres humanos viables, no obstante supiera de un estudiante haitiano en la universidad o conociera a una dentista haitiana. La persona dominicana que carezca de oportunidad de verse con haitianos en condición de igualdad dependerá de la imagen monopolizadora de los bateyes para conocerlos. Puesto que, al ubicar a la persona al margen de la realidad doméstica —toda deshumanización salvajiza—, la parte de la población dominicana que no cuente con espacios alternativos donde interactuar con la persona haitiana en condiciones favorables tendrá su percepción monopolizada por la imagen salvajizada creada por la explotación en la industria azucarera y carecerá de recursos para desmentir o hasta poner en duda la representación de lo haitiano que promueven los ultras y sus aliados liberales en la esfera pública de la sociedad dominicana. Si a la imagen de la haitianidad salvajizada que forjó estructuralmente la industria azucarera en la República Dominicana le añadimos la influencia que pueda haber tenido el antihaitianismo occidental en el seno de la población en general, queda claro que tenemos una tarea de reparación conceptual que realizar con tal de rehumanizar la imagen de la persona haitiana en los ojos del resto de la ciudadanía. Quienes trabajamos con la palabra y con la imagen tenemos por delante una labor urgente de pedagogía pública. La urgencia por combatir la violencia económica, social y física que engendra el antihaitianismo oficial de la República Dominicana nos ha hecho descuidar la necesidad también urgente de combatir la violencia epistémica que ha padecido lo haitiano entre nosotros. Nos hace falta esclarecer para beneficio de la población en general de dónde viene la imagen de la otredad haitiana.

Detrás del antihaitianismo se oculta la negrofobia. Así, mientras siga habiendo segmentos de la población dominicana adheridos a una ideología inculcada en nosotros por una educación basada en la mentira oficial, difícil se nos hará como pueblo superar el entuerto que actualmente nos agobia, es decir, el predominio del razonamiento suicida que nos hace cómplices de regímenes caracterizados por políticas nocivas para el país y su gente. A nuestro pueblo la escuela siempre le obstruyó el acceso a saberes que le ayudaran a despertar una conciencia ciudadana. Al carecer de ella, mucha

de nuestra gente se deja engatusar por el régimen, el cual le inculca la aceptación acrítica de la ecuación: gobierno es igual a país. Hay gente nuestra, inclusive de buena voluntad, que *motu proprio* jamás cometería la iniquidad de retirarle la ciudadanía a una persona cuyos tatarabuelos nacieron en el país en 1929. Pero, al hacerlo el Tribunal Constitucional, se siente obligada, por lealtad al país, a defender el fallo, especialmente a partir del repudio que el mismo ha suscitado en el extranjero, el cual ha puesto a “su país” en la línea de fuego. Al régimen, claro está, mucho le conviene fomentar la ecuación “gobierno=país”. De ahí que Leonel Fernández Reyna, los medios de comunicación al servicio del régimen y las autoridades representantes del Estado a nivel nacional y en la esfera diplomática en el exterior respondan a la indignación extranjera refiriéndose siempre a la presunta “campana de difamación” internacional contra “el país”, “la Republica Dominicana” y hasta “los dominicanos”. Todos se las arreglan para ni siquiera aludir al gobierno específico que efectuó la sentencia. Vale notar que la ausencia de una conciencia ciudadana hace posible que mucha gente obedezca el llamado a solidarizar automáticamente con la acción del gobierno o sentirse sin potestad para disentir aunque ella misma padezca en carne propia las embestidas del régimen. A quien le duela el bienestar de su gente en la sociedad dominicana deberá lastimarle la legislación misógina, la brutalidad policial, la destrucción de las fuentes acuíferas del país y la venta del suelo nacional a empresas extranjeras conocidas por su historial de contaminación ambiental, además del hurto gigantesco al erario, el abandono de la educación pública y el descuido de los servicios de salud que han caracterizado al régimen actual. Pero, a menos que la persona se haya politizado y se haya armado de un análisis crítico que le haga sentir con derecho a juzgar al régimen, exigiéndole justicia y honestidad, su malestar con el régimen podría echarse a un lado a la hora de alinearse patrióticamente en situaciones que involucren juicios adversos sobre su gobierno/país provenientes del extranjero. Si se hiciera un trabajo efectivo de pedagogía pública que ayudara a disolver la ecuación monárquica entre la voluntad del régimen y el bien de la nación, se podría incrementar el nivel de participación ciudadana y se reduciría la impunidad de la que gozan nuestros líderes para vulnerar el bien nacional mientras invocan el nombre de la patria. Debe quedar claro a toda persona a quien le importe su pueblo que ninguna acción que atropelle los derechos humanos de un sector diferenciado de la población puede jamás justificarse como medida patriótica. De igual manera, aceptar que

respaldar al gobierno equivale a defender la patria es invitar la dictadura. La dictadura se nutre de la ecuación gobierno=país. Durante la tiranía del funesto Trujillo, los compatriotas opositores del régimen que lo adversaban desde el exilio solían ganarse una condena oficial promulgada por el Congreso, el cual procedía a declararlos, no “anti-trujillistas” u “enemigos del gobierno” sino textualmente “traidores a la Patria”. No sé si fuera por coincidencia o porque al compartir la sensibilidad de la dictadura les resulte natural repetir su lenguaje, en noviembre del 2013 los ultras convocaron una manifestación en el Panteón de la Patria para repudiar a Juan Bolívar Díaz, Huchi Lora, Fausto Rosario Adames y otros periodistas dominicanos importantes por haberse opuesto a la sentencia 168/13 del Tribunal Constitucional y en sus consignas condenatoria les aplicaron el epíteto “traidores a la Patria”. Un mayor activismo de los intelectuales a quienes les importa la verdad histórica y que consideran importante interrumpir la influencia de la mentira oficial podría llevarnos a un estadio en donde la población pueda notar por su cuenta y resultarle escalofriante la coincidencia entre la dictadura criminal y los ultras que hoy aúpan al régimen actual en cuanto al manejo de la ecuación gobierno/patria.

EO: ¿Y qué hacer con respecto al antihaitianismo desde la intelectualidad?

ST-S: Historiar la construcción de esa alteridad radical superpuesta sobre la humanidad de nuestros vecinos al otro lado de la isla, la cual se extiende a compatriotas de herencia haitiana. Eso tendría una gran utilidad para cualquier proyecto encaminado a estimular la conciencia ciudadana, fomentar la convivencia entre los dos pueblos que comparten la isla y tratar a los compatriotas de herencia haitiana con el nivel de igualdad, justicia, respeto e inclusión digna que le debemos a todos los sectores socialmente diferenciados de la población. Cuando la prensa y los políticos en la sociedad dominicana se refieren a “los haitianos” no distinguen entre dominicanos de ascendencia haitiana e inmigrantes laborales de los que vienen con regularidad desde Haití, que es un país extranjero. Los juntan en el mismo lote como si fueran la misma cosa. Eso es como si pusiéramos en el mismo saco a los miembros de la familia Vicini que llegaron a la República Dominicana en el siglo XIX y los miembros de la familia de Silvio Berlusconi, llamándoles a todos “los italianos”. En otras palabras, predomina un discurso que condena a los dominicanos de herencia haitiana

a la extranjería permanente. Ello se lo debemos a la perversidad trujillista y su extensión balaguerista, con el aporte de sus aliados liberales que comenzaron a gobernar a partir del 1978 sin hacer nada para desvincularse de la herencia ideológica que recibieron del régimen anterior. De ahí la importancia de tu pregunta acerca del papel de los intelectuales. Desde la intelectualidad hay mucho que hacer y hay la obligación de hacerlo. A los intelectuales primero les toca ayudar a la desmitificación porque pueden, tienen las destrezas correspondientes a dicha tarea. Su prestancia en la sociedad se debe a que pueden valerse de la palabra para arrojar luz sobre nuestros problemas. También arrastran un ruedo moral que les debe servir de incentivo. Pues todo este drama racial que nos agobia, esta criminosa descalificación de otras personas por causa de su herencia ancestral con la que todavía estamos lidiando, se naturalizó en nuestras sociedades con el aporte decisivo de letrados que hoy llamaríamos intelectuales: gente como Domingo Faustino Sarmiento, Juan Bautista Alberdi y Jose Ingenieros, o sus burdos epígonos dominicanos, tales como Manuel Arturo Peña Batlle, Emilio Rodríguez Demorizi y Joaquín Balaguer. Si uno hoy día entra en el predio de esa tradición intelectual y no hace algo por desvincularse del legado crimoso que pesa sobre la misma, puede justificablemente entenderse como continuador de ella.

Para el caso dominicano, hay aportes que tienen un potencial enorme de transformación. Si hiciéramos ver, mostrando evidencia fehaciente, cómo se ha impuesto la mentira oficial para determinar un modo viciado de recordar nuestra historia, rendiríamos un servicio inestimable a nuestro pueblo. Por ejemplo, hay un famoso episodio que utilizó la historiografía tradicional para hablar de los sufrimientos del pueblo dominicano durante el “yugo haitiano” en el periodo de la unificación con Haití de 1822 a 1844. Primero, permíteme señalar que las lamentaciones de la historiografía oficial en torno al sufrimiento continuo padecido por los residentes de la parte hispano-parlante de la isla durante esos veintidós años pierden validez cuando uno mira estudios como *La dominación haitiana*¹⁵ de Frank Moya Pons, en la que queda claro que la unificación tuvo altos y bajos. Comenzó bien, con el presidente haitiano Jean-Pierre Boyer gozando de una bienvenida formal, apoyo popular debido a la abolición de la esclavitud, cosa que los criollos de ese lado de la isla

¹⁵ Publicada en 1978.

que habían expresado ideales independentistas jamás consideraron. El nuevo orden integró a la élite criolla en la administración pública y en el ejército. Gran parte del liderazgo que posteriormente pasaría a dirigir el proyecto independentista y la formación de la República Dominicana una vez proclamada la soberanía obtuvo su entrenamiento durante sus años de servicio al gobierno haitiano. Pero, como tantos otros proyectos de gobierno, la administración de Boyer comenzó a fallar en ambos lados de la isla con políticas, medidas económicas y acciones simbólicamente hirientes. En la parte hispano-parlante parece que cayó muy mal su decisión de discontinuar las prebendas de la Iglesia Católica. Debido a los fallos, Boyer perdió su anterior apoyo, lo cual le sirvió a la elite separatista criolla de base para alentar el independentismo, para lo cual primero se alió a su contrapartida haitiana para derrocar al presidente haitiano. Luego arranca la acción separatista y ya para 1844 se proclama la República Dominicana, un nuevo Estado cuyo primer acto jurídico fue un aviso público en el que el recién nacido gobierno se comprometía a no restaurar la esclavitud que Boyer había abolido y exhortaba a todos los haitianos residentes en esta parte de la isla a quedarse en el país e integrarse al nuevo proyecto de nación con la seguridad de sus vidas y sus bienes garantizada por el gobierno dominicano.

Nada de eso llegó a los libros de texto usados en la aula para instruir a las nuevas generaciones sobre su pasado. Pero sí llegó el episodio que te quería contar, el cual funciona como *Leitmotiv* en todo el discurso antihaitianista de la historiografía tradicional dominicana desde que la elite gobernante adopta el requisito geopolítico de mostrar animadversión hacia Haití. Se trata de un incidente que pasó a la narrativa nacionalista con el nombre de “Las vírgenes de Galindo”. Ello se refiere a tres jóvenes que fueron asesinadas en una hacienda conocida por el nombre de Galindo durante el período de la unificación con Haití. Los documentos muestran claramente los nombres de los perpetradores del crimen, que son todos criollos hispanoparlantes, es decir unos tipos que pronto pasarían a llamarse dominicanos. Ojalá que la verdad de este episodio comience a difundirse mejor a partir de la próxima aparición de *Archiving Contradictions*, un estudio en el que la joven colega Lorgia García-Peña muestra la cronología de la gradual haitianización del crimen cometido por los criollos hispanoparlantes. Primero comienza a desaparecer el nombre de los victimarios en las recurrentes narraciones del caso, luego se va sobredimensionando la cronología –durante la dominación haitiana– hasta que eventualmente

van adquiriendo identidad haitiana los perpetradores, después de lo cual ninguna narración perderá la oportunidad de presentar el caso como el crimen horrendo de los haitianos contra “nosotros los dominicanos” durante la ocupación y de esa manera ilustrar la inmundicia del yugo haitiano. La evocación manipulada de las muchachas de Galindo siguió recurriendo a lo largo del siglo XX y en los ochenta aparece de la manera quizás más vil en un libro del nefasto Balaguer titulado *Galería heroica*, un entuerto pseudo-poético, como lo fue todo su verso.

EO: Haciendo el símil con las hermanas Mirabal¹⁶.

ST-T: Precisamente. Se trata de un pretendido homenaje a las hermanas Mirabal en el que Balaguer traza un paralelo entre las tres beldades de Salcedo y las tres doncellas de Galindo. El insufrible intento de elegía se torna demasiado paradójico para convencer a nadie. Pues no hay ejercicio elegíaco que valga para hacer olvidar que el autor tiene responsabilidad directa en el asesinato de las homenajeadas. Cabecilla del régimen que las asesinó, Balaguer fungía como presidente títere de la dictadura trujillista en el 1960 cuando aparecieron exánimes los cuerpos de las muchachas de Salcedo al pie de una barranca. Además, este símil, que procura de alguna manera haitianizar el crimen, yuxtaponiéndolo con el caso de las tres jóvenes ultimadas en Galindo, se siente como traído por los moños. Dice: “Eran también tres doncellas/ de la más límpida casta/ que perecieron a mano/de unos hombres de otra raza/dominados por las brujas/de su lujuria africana”. No creo que tenga mucho precedente en la historia de la escritura la combinación espeluznante de trastorno conceptual y cinismo morboso que hallamos en estos malhadados versos.

Todo este andamiaje de mentira burda y pobreza conceptual se caería por su propio peso si alentáramos en los estudiantes la disposición a mirar con ojo crítico. La denuncia del discurso fofo de la narrativa oficial se ha hecho desde que en los sesenta arrancó la “nueva historia” en la Universidad Autónoma de Santo Domingo, pero ha faltado una pedagogía

¹⁶ Es uno de los casos más bullados del trujillato. Se trata del asesinato en 1960 de tres de las cuatro hermanas Mirabal: Minerva, Patricia y María Teresa, opositoras del régimen. El 25 de noviembre, fecha de su muerte, se conmemora el Día Internacional de la Eliminación de la Violencia contra la Mujer, en honor a ellas.

pública que facilite la llegada de esos saberes a la base de la población, con tal de que ella misma pueda descodificar la enajenación puesta allí por la vieja erudición. Pienso que nos hace falta un mayor esfuerzo por desmontar toda la falsedad del discurso oficial que ha seguido repitiendo el régimen. Entiendo que es un tanto incómodo y podría sentirse como un ejercicio poco académico debido a la pobreza conceptual de los textos y los discursos con los que hay que terciar. Es como emporcarse las manos. Pero hay que hacerlo hasta que les resulte obvio a los estudiantes que los haitianos no son “otra raza” con respecto a los dominicanos, que África no es sinónimo de “lujuria”, puesto que, de serlo, serían lujuriosos la mayoría de los dominicanos debido a su herencia africana. Hacerlo hasta que la comunidad le retire la tolerancia a un autor que escriba elegías a mujeres que el mismo autor ha ayudado a matar, considerando que dicha escritura añade ofensa al crimen en vista de su evidente burla contra el pueblo. Para conectar con lo anterior, los intelectuales serios deben trabajar arduamente en esa empresa de pedagogía pública con tal de que el repudio a la mentira oficial, para seguir usando esa frase útil de Roberto Cassá¹⁷, deje de inquietar solo a los intelectuales. Es decir, combatir la manipulación de nuestra memoria pública deberá formar parte del menú de inquietudes de la población una vez se le haya activado la conciencia ciudadana que su educación le ha obstruido. En la República Dominicana, como tú sabes, se dio una trifulca intelectual en el 2002 cuando al Ministro de Cultura Tony Rafal se le ocurrió premiar como mejor libro del año al mamotreto negrofóbico y antihaitiano *El ocaso de la nación dominicana* del afrodominicano neotrujillista Manuel Núñez, obra tan chapucera en los argumentos como vil en la redacción. Sabremos que hemos avanzado si la próxima vez que a otro ministro se le ocurra tal aberración, la reacción venga, no de la intelectualidad, sino de la comunidad que se tire a la calle a exigir su inmediata destitución por insultar de tal manera a la ciudadanía.

EO: Usted tituló uno de sus libros *El tiqueraje intelectual*, en el que discute con esta intelectualidad oficial, tradicional –como usted mencionaba– de República Dominicana que justamente ha falseado esta historia, que la ha acomodado de acuerdo a sus intereses.

¹⁷ Historiador dominicano.

ST-S: O mejor dicho, a esa intelectualidad con carnet de identidad liberal que no ha sabido, que no ha podido o no ha querido distanciarse, separarse de la intelectualidad tradicional que nos dejó el legado de falsificación rampante y de insulto a la ciudadanía. Por la razón que fuera, esa clase instruida con carnet liberal se ha hecho solidaria con los portavoces actuales del trujillato y su extensión balaguerista.

EO: ¿Y por qué cree usted que no ha querido, no ha podido, no se ha distanciado?

ST-T: A mí parecer, primero porque no hay una economía del saber autónoma en la República Dominicana. Durante mucho tiempo, por ejemplo durante los ochenta, los académicos dominicanos tenían que estar todos involucrados en lo que en ese momento se llamaba el pluriempleo, que quería decir que después que tú enseñabas tus clases en la universidad, tenías que irte a hacer otros trabajos que te permitieran completar el sueldo que necesitabas para mantener la familia a flote. Entonces, en situaciones como esa, es muy difícil que la gente pueda declararse totalmente independiente, porque a lo mejor el Ministro de Cultura podría ofrecerte algo que te saque de esa situación angustiosa en la que tú te encuentras en la lucha por el pan, por la vida diaria. Tomando prestada una frase de la colega puertorriqueña Yolanda Martínez San Miguel, yo he hablado de una solidaridad intervenida, de que la necesidad material les coarta la capacidad de solidarizarse con las necesidades de la población. Claro, llega un momento en que superan esa necesidad pero se quedan adictos a la comodidad que les provee la alianza con el régimen y evitan distanciarse ideológicamente del mismo.

Se suponía que después de la muerte de Trujillo, comenzáramos una revisión de toda la historiografía mentirosa de Trujillo. Pero, ¿qué pasó? Hubo un gobierno democrático que no duró más de siete meses. Lo derrocó la misma derecha trujillista, la cual, con ayuda de los Estados Unidos, puso a Balaguer en el poder para continuar la agenda trujillista ahora disfrazada con un ropaje electoral que le permitía llamarse democracia, no obstante siguiera la misma conducta: la violencia asesina, el robo de todos los bienes nacionales, la perversión de las instituciones y la misma teoría cultural trujillista. Luego, en 1978 el pérfido Balaguer se vio obligado a dejar el Palacio Nacional. Vino un gobierno dirigido por el Partido Revolucionario Dominicano, que había nacido en el exilio

y había formado parte de la resistencia anti-trujillista. Pero ese gobierno parece que no se planteó la urgencia de desmontar la mentira oficial y sanear la narrativa histórica, así como el discurso cultural y de identidad nacional. No sé si tú sabes que la narración trujillista de la historia contiene agresiones haitianas contra el pueblo dominicano que se remontaban al siglo XVII, es decir hasta poquito después de 1605, cuando las autoridades españolas de Santo Domingo despueblan el oeste de la isla para tener mayor control de la población, creando tierras baldías que eventualmente terminarían en manos de Francia con el surgimiento de la lucrativa colonia de Saint Domingue. Como era de esperarse en el caso de dos poderes coloniales competidores entre sí, hubo disputas a veces de corte fronterizo entre las autoridades españolas y las francesas durante parte de ese siglo y del siguiente. Los Peña-Batlle, Rodríguez Demorizi y Balaguer muestran tal frenesí en la necesidad de solidificar lo haitiano como otredad adversa que echan mano a todas las décadas de disputas franco-hispanas para convertirlas en episodios de agresión haitiana contra nuestro pueblo. En su perversidad conceptual se las arreglan para fechar agresiones haitianas comenzando más de ciento cincuenta años antes de la existencia de Haití. Pero parece que esa desinformación no le preocupaba tanto a la dirigencia del Partido Revolucionario Dominicano. Quizás creyeron que se eliminaba el trujillato con solo ganarle las elecciones a Balaguer. No sorprende, por tanto, que ocho años después el pérfido caudillo volviera al poder.

EO: En ese sentido, me parece que el rol de la diáspora dominicana, sobre todo en Estados Unidos, ha sido fundamental para generar un pensamiento crítico, para mirar desde otro lugar la historia. ¿Cómo evalúa usted el rol de los intelectuales en la diáspora?

ST-T: El rol de los intelectuales de la diáspora ha sido fundamental principalmente en afirmar, reconocer y fortalecer las voces que desde la misma sociedad dominicana por décadas han protestado por la desinformación perpetrada por el régimen. Es importante para mí, por ejemplo, subrayar que en el país siempre ha habido resentimiento contra la opresión, siempre ha habido lucha contra la desvergüenza del régimen, siempre ha habido deseo de que el abuso desaparezca y de que a los enemigos del pueblo que nos gobiernan se les ponga en su puesto. Pero, ¿qué sucede? Que esos enemigos del pueblo que nos gobiernan también son quienes controlan los medios de comunicación y, principalmente,

controlan la justicia. En esa situación, la resistencia dominicana tiene mucho en su contra. Hay figuras de relieve cuya presencia nacional es tan importante que se hace muy difícil callarlos, como, por ejemplo, Juan Bolívar Díaz, un periodista de un historial de lucha que se remonta hasta el principio de la violencia balaguerista. El está ahí como una voz difícil de silenciar. Están personas como Huchi Lora y Fausto Rosario Adames¹⁸, todas figuras que han estado activas diciendo lo que tienen que decir. Huchi Lora, por ejemplo, hizo un gran aporte cuando compartió públicamente datos de una nueva investigación que pormenoriza el crecimiento de la población haitiana en la República Dominicana y el rol activo del gobierno dominicano en estimular ese crecimiento. El gobierno dominicano por muchas décadas ha tenido un programa de braceros pactado con el gobierno haitiano. El mismo contempla la llegada de los trabajadores migrantes a cortar caña, terminar sus temporadas laborales y regresar a su país. Al gobierno huésped, naturalmente, le toca cubrir los gastos correspondientes a la movilidad de esos trabajadores desde y hacia su país. Pero, siendo nuestro gobierno tan medularmente corrupto, las autoridades dominicanas tradicionalmente han optado por economizarse el gasto de la repatriación, economizándose también el costo de volver a traerlos para la próxima zafra. Entonces los dejan en el territorio nacional, trayendo trabajadores adicionales en la medida en que la necesidad de mano de obra va creciendo y volviendo a dejarlos en el país, y así sucesivamente. Desde la diáspora resulta sobrecogedor ver a Huchi Lora mostrando una foto de archivo del magistrado Milton Ray Guevara, actual Presidente del Tribunal Constitucional devenido ultranacionalista a raíz de las críticas suscitadas por su sentencia 168-13. Dicha foto data del 1979, cuando Ray Guevara, siendo funcionario del gobierno de Antonio Guzmán¹⁹, firma con las autoridades de Port-au-Prince el acuerdo para traer al territorio dominicano los 29.000 braceros haitianos pactados para ese año. Nosotros desde la diáspora nos vemos representados por esas voces que desde sus lugares de opinión independiente están haciendo un llamado a la cordura para contrarrestar la vocinglería de los ultras. Sobre todo nos identificamos con la hostilidad que han debido padecer por más de un año debido a su decisión de asumir su conciencia ciudadana

¹⁸ Director del medio de prensa digital Acento.com.do

¹⁹ Presidente de República Dominicana entre 1978 y 1982.

frente al régimen imperante. Pues a ellos el ultranacionalismo los tilda de fusionistas y a nosotros también.

La diáspora, entonces, no hace más que ensanchar el marco del discurso de resistencia y de respuesta, y hace menos posible que se margine de manera radical esas voces importantes. Hacemos nuestro aporte con una libertad considerable en el sentido de que no tenemos razón para temer una llamada que tal funcionario o el iracundo Cardenal López Rodríguez pueda hacerle a nuestros jefes para manifestar su disgusto acerca de una opinión pública que hayamos expresado y hacernos perder el empleo, temor que sí tienen razón para albergar nuestros colegas en la República Dominicana. Sin embargo, me atemoriza lo que puedan ser los planes de Leonel Fernández para con la diáspora. No hay duda de que tiene a estas comunidades de ultramar en su mirilla. Ha alimentado un Comisionado de Cultura en los Estados Unidos con sede en Nueva York, es decir, una extensión de ultramar del Ministerio de Cultura de la República Dominicana, con el propósito de mantener atada a la diáspora a su proyecto de Estado. Temo que esa injerencia distraiga a nuestra gente de la política étnica que se supone debemos llevar a cabo en los lugares donde estemos asentados como diáspora. Pienso que no conviene a nuestra emigración aliarse con el mismo régimen que nos expulsó. Cuando dicha injerencia implica, por ejemplo, que nuestros políticos dominicano-americanos puedan recibir dinero para sus campañas electorales de parte de Fernández, ello puede complicar el espacio de opinión para los intelectuales de la diáspora. Pues si determinado compatriota llega al Consejo Municipal de la ciudad de Nueva York o al Congreso de los Estados Unidos gracias al financiamiento proveniente de Fernández, ¿correría yo el riesgo de recibir represalias políticas en mi espacio diaspórico por juicios que emita sobre un político de la tierra ancestral? En el peor de los casos, podríamos llegar a ser víctimas del mismo silenciamiento que padecen nuestros colegas en la República Dominicana.

EO: Hay un elemento que no quiero dejar pasar en esta entrevista y es que en varios de sus textos habla de cómo los dominicanos en la diáspora han asumido su afrodescendencia. Pareciera que el estar fuera de República Dominicana los ha enfrentado a esa parte de su identidad. Usted en sus textos, la mayoría en inglés, toma un término al que me gustaría aludir, que es el de *blackness*, ¿cómo traduciría ese término al español? ¿Es la negritud? ¿Es la negrura?

ST-S: Yo prefiero *negrura*, primero para que no se vea como un término sacado del léxico académico intelectual, correspondiente, digamos, a ese movimiento cultural que se asocia con Césaire, Senghor y otros. En el vocablo *negrura* encuentro un término más bien descriptivo de una población cuyos problemas no se explican con el léxico académico. Aquí hay una cosa básica que hay que explicar: ¿en qué momento nació la persona negra? La *negrura* se construye en un momento determinado. Las personas de origen africano, no importa cuán oscura su tez, no eran negros en sentido cultural, en sentido social, para los antiguos: los griegos o los romanos, por ejemplo. Terencio, el gran dramaturgo romano contemporáneo de Horacio, se llama Publius Terentius Afer. De origen africano, pero no hay nada que sugiera que se le llamara negro. Para mí es importante que se sepa que la *negrura* nació en un momento. Me importa estudiar cómo fue que se armó esa definición, cómo fue el proceso que lo creó y cómo la vilificación se hace necesaria para el sistema económico que creó a esa persona negra. Por ejemplo, cuando en 1619 llegan los primeros afrodescendientes a la colonia de Virginia en lo que es hoy Estados Unidos, ya se llaman negros. Ya era posible en el Occidente cristiano mirarlos como negros independientemente de su lugar de procedencia: regiones, tribus o naciones africanas. Vale notar que se les llama negros, asimismo, con esa palabra en español. La palabra es española porque fue en los espacios de la colonización española que se creó esa identidad social.

Una vez que se crea esa persona cuyo significado se reduce a una condición racial se le puede imaginar sin historia y sin origen. La cronología que se les impone comienza en la plantación. A partir de esa construcción de la persona negra devaluada se pasa a la devaluación de África como lugar de oscuridad, barbarie, fealdad, demonios y ausencia de saberes. Se devalúa a África para dar consistencia a la ontología creada en la plantación. Pues, ¿cómo es posible que esta gente que hemos devaluado provenga de un lugar valioso? Entonces, de la construcción de la *negrura* arranca el proceso posterior de destrucción de África, que comienza a representarse como salvaje. Cuando los exploradores del Occidente cristiano hallan evidencia de grandes logros culturales, de civilización, de formación social en África, se lanzan casi siempre a buscar explicación en influencia foránea. La claridad que aporta el término *negrura* me parece ahora mismo más urgente que la respetabilidad de un término más académicamente reconocible. La *negritud* cesaireana es un fenómeno intelectual, un proyecto que arranca en un momento determinado y que no tiene

realmente como meta contar el cuento. Está respondiendo de Occidente a Occidente, inclusive lo está haciendo con recursos que son sacados de la misma difamación occidental. Occidente negrea al negro al achacarle su negritud y el negro responde resemantizando el mote para convertirlo en bandera de afirmación y motivo de orgullo. Eso está muy bien, pero no nos ayuda necesariamente a imaginarnos un momento anterior a la devaluación. En una charla que daba en Harvard a principios de este mes, yo amigablemente criticaba una publicación reciente, muy importante, una reedición de un libro de varios tomos que contiene imágenes de lo que los editores llaman imágenes del negro en el arte occidental. Las imágenes comienzan muchos siglos antes de Jesucristo en Egipto. A mi parecer no pueden haber imágenes del negro tan lejos para allá atrás porque ello supondría que lo negro ya existía como un fenómeno social y bajo un ojo dominante, no negro, que lo observaba. Entonces, recuperar esa memoria a mí me parece equivalente a lo que estábamos diciendo del caso haitiano, al caso del antihaitianismo dominicano. Es decir, recuperar la imaginación de un momento anterior a la ontología devaluada. Sería cuestión de ver cómo surgió, qué estuvo involucrado en ese proceso y de qué manera se armó. Por ejemplo, la inferiorización del negro en la plantación fue bastante coordinada. Estaba leyendo unos memorándums que en el siglo XVIII escribe el rey de Francia a sus representantes en las colonias de ultramar sobre el trato a los negros. En esas memorandas se está hablando de cómo evitar que los negros puedan imaginarse la posibilidad de la igualdad. Y se ve la intencionalidad, inclusive se ve la inteligencia del proceso, hasta el punto de pensar en reducir los privilegios de los mulatos ricos y poderosos con tal de mitigar su capacidad de proyectar símbolos, es decir, evitar que su cercanía epidérmica pudiese crear en los esclavos negros la idea de que también ellos podían encumbrar su estatus. Se trataba de una dominación psicológica fría y calculada, intencional, clara y bien ejecutada. El proceso intelectual que codificaría la inferioridad del negro, para ser histórico, comenzó con los indios en América. También hay que recordar que Occidente no existía en la antigüedad. Hace falta la transacción colonial para que nazca Occidente, el cual, al decir de Édouard Glissant, no es un lugar sino un proyecto. Ese proyecto realmente cuaja, o por lo menos se cohesiona en la transacción colonial, que es también donde nace la negrura.

EO: Y para usted, ¿negrura o afrodominicanidad? ¿Negrura o afrodescendencia?

ST-S: Lo bueno de afrodescendiente es que abre espacio conceptual para la mezcolanza, que es bueno no dejarla afuera. Es bueno que evitemos los discursos de pureza y que no hablemos como si fuésemos una sola cosa. Entonces si yo tengo dos pelos lacios aquí que me complican el proceso de peinarme por la mañana porque se levantan de una manera que los otros no, debo reconocer, así fuese a regañadientes, al bisabuelo español que estuvo por ahí. Hay que reconocer la hibridez, el mulataje nuestro, y hay que reconocer el mestizaje. Claro, no el mestizaje político e intelectual de Vasconcelos y compañía. Debemos reconocer que no somos puros, a la vez de entender cómo se ha manipulado el discurso de la mixtura, lo cual, claro, no es culpa de la mixtura.

EO: Y pensando justamente que usted está aquí para las VI Jornadas Caribeñistas, que se titulan *Racismo y colonialismo en América Latina*, ¿cómo ve usted el problema del racismo en América Latina hoy en día? Porque es un problema del que pareciera que no gusta hablar, no nos gusta asumir, o nos cuesta mucho.

ST-T: Porque lo vemos como algo que ocurre en otra parte, lo relegamos a otra parte. En República Dominicana, una de las cosas que hace el discurso trujillista es hablar de que Haití sí ha tenido problemas, esa lucha constante entre los negros y los mulatos, y que entre nosotros, no, lo cual es mentira, total mentira. La renuencia a reconocer el problema en nuestro propio entorno nos tiene fuñidos. No queremos tener las conversaciones difíciles porque son incómodas, ¿cómo voy yo a admitir que soy racista? Se sabe de restaurantes a donde es difícil para un negro entrar, y el hecho de que a ti te dejen entrar, aunque tú no practiques la exclusión, te hace beneficiario o por lo menos copartícipe de dicha exclusión. Si la administración del restaurante piensa que al excluir a personas de categoría menos deseable te está salvaguardando un espacio impecable habitado solo por gente de tu nivel (partiendo de que el *comfort* es mayor si no tienes que lidiar con la diferencia), quizás de esa manera justificando el mayor precio que te han de cobrar, se puede decir que lo hacen por ti. Quizás no te interese tanto ese *comfort*, pero si no lo rechazas, te haces parte del entramado que sostiene la exclusión. A mi parecer, debemos tener claro que nadie

quiere sentirse racista, excepto los racistas profesos confesos, que sí los hay. Ahora, los demás lo son principalmente de *carambola*, al participar sin protesta del sistema racista.

EO: Y usted, desde su lugar como académico, como un intelectual que se reconoce afrodescendiente, ¿cómo cree que se puede aportar para desracializarnos o avanzar hacia un horizonte no racial de convivencia en América Latina, en América?

ST-S: Haciendo aquello para lo que somos buenos, que es decir cosas, educar, adelantar la prédica, y hacerlo de una manera que llegue más allá de la academia, que no se quede en los *academic journals*, que no se quede en la cátedra. Por eso es para mí muy importante enseñar no solo a estudiantes doctorales y graduados, sino también estudiantes de primer año, porque allí se crea el escenario para despertares. Creo necesario escribir para la prensa, por medios que lleguen a la gente, aunque los colegas de mi disciplina no los lean por no aparecer en las revistas académicas a través de las cuales nos comunicamos en la profesión.

EO: ¿De ejercer una función pública?

ST-S: Ejercer una función pública sin llamarse intelectual público, porque intelectual público es pleonástico. Tú eres intelectual o no lo eres. Cuando tú eres un sabedor de cosas, tú eres un erudito, pero no necesariamente un intelectual. Martí definía como intelectual a la persona que usa las palabras como armas y, supuestamente, con fines benéficos, de resolver problemas sociales, de ayudar en un despertar. A mí me llegan testimonios de gente agradeciéndome en privado el haber escrito tal o cual cosa. Es algo conmovedor porque te confirma que hay gente ahí afuera presta a beneficiarse del aporte que puedas hacer. También hay que saber hablar con la gente, aproximándose a cada quien según su ubicación ideológica y su formación. No puedes ver a cada persona que dice algo que tú consideras objetable como un contrincante; tú tienes que tratar de ver de dónde viene eso y tratar de entenderle su lógica. Mi madre tiene un lenguaje negrofóbico; ella jamás conectaba el negro del cual ella hablaba con sus hijos afrodescendientes. Ella tiene pelo lacio y tez clara. Mi padre reflejaba de manera más evidente la negrura. La vieja hablaba despectivamente de los negros delante de nosotros, jamás pensando que sus juicios de

ninguna manera aplicaban a sus hijos. Se refería al negro abstracto, ese que nos enseñó la escuela. La gente de abajo puede sin contradicción despotricar contra el negro abstracto mientras trata con dignidad al vecino afrodescendiente. No se puede identificar el problema estrictamente a partir de los vocablos que la gente usa; también hay que mirar lo que la gente hace. Sobre todo hay que reconocer que muchísima gente ahí afuera no ha tenido ocasión de aprender sobre estas cosas que a los académicos nos importan tanto, como las identidades, la diversidad, las definiciones y su impacto en las relaciones sociales. Para nosotros importan tanto esos temas porque representan la materia prima de nuestro trabajo.

EO: Le quiero agradecer por esta generosa entrevista, por haberse tomado el tiempo, y espero que la conversación siga en el marco de las Jornadas.